REFLEXIONES SOBRE EL ARTE DE LEER

Carlos Germán Belli

Los primeros libros que le regalaron los recibió con desencanto y pena infinita. Fue en una fecha de cumpleaños –a lo mejor estaba coronando los diez u once años– cuando sus padres le hicieron entrega de un par de novelas de Jules Verne, junto con una caja de chocolates finos y agradables. Lo uno y lo otro daban fe sin duda de la delicadeza de ambos y el esmero con que trataban a su hijo primogénito, en que habían puesto muchas de sus esperanzas. Sin embargo, resultó como si al dueño del santo –según decimos comúnmente– le cayera súbitamente un baldazo de agua fría; porque quizás él esperaba algún juguete, probablemente un tren o un transatlántico miniaturizados. Además de los pensamientos duros del desengaño, sintió –lo adelantamos ya– que le roía interiormente una gran pena, pues pese a todo se daba cuenta muy bien del amor y la ilusión con que le ofrecían este obsequio. Pero, sea lo que sea, ellos quedaban sin dar pie con bola, y él como si el mundo se le hubiera venido abajo; porque fue semejante al primer día de clases, que es terrible para quienquiera, como suele decirse.

La afición por la lectura, que mis buenos padres –pues soy yo ese indócil chico limeño– querían que empezara a asimilarla oportuna y adecuadamente mediante un autor

clásico, poco a poco la iría descubriendo aunque a partir de otras circunstancias. Fue, aparentemente sin orden ni concierto, discurriendo a través de páginas caracterizadas por la disparidad, librado a la más pura de las casualidades. Es un comienzo de veras particular, si bien en el fondo corresponde a alguien que, andando el tiempo, terminará siendo un lector sui géneris. No podía ser de otro modo. El hallazgo no será un hecho en que el beneplácito esté compartido por los papás y su pequeño hijo; por el contrario, éste tal vez queda preocupado, y aquellos naturalmente sin saber qué pensar.

La aproximación no fue sencilla, serena, fluida, como esperaban que fuera los papás del reacio lector; en realidad, hay que reconocer que las experiencias entrañables desatan también unos nubarrones tempestuosos. Porque el pasar la vista por la letra impresa no será únicamente un mecánico acopio de erudición, sino otra cosa más. En el futuro mis lecturas muchas veces resultarán punto de partida, motivación, carburante (palabra ésta que la descubro en el libro de un escritor ocultista). Sí, pues, carburante de otro acto que a la postre es para mí central, como es el borrar la página en blanco. En este caso, leer y escribir hasta pueden ser comparados a dos hermanos siameses, ya que cuando vienen juntos se presentan tan ligados; allí, en el corazón de ambos, lo que late entonces con fuerza es el afán de la imitación literaria.

No fueron por esos imaginativos libros de Verne, que con amor me los regalaron en la significativa fecha cuando alcanzaba los diez u once años de edad; los vagidos iniciales como lector terminó dándolos en un lugar totalmente distinto, porque fui acunado en unas páginas en español y otras en italiano; unas prosaicas, sin brillo artístico, sin el vuelo de la fantasía, enteramente esquemáticas (aunque a la sazón me venían en verdad como anillo al dedo); en tanto que las otras estaban destinadas directamente al aprendizaje idiomático y me llegan adornadas con poemas breves y pasajes de prosa, rigurosamente elegidos. El hallazgo se produce en el aula del

colegio; desde luego, en el seno de la casa; también fuera, en los umbrales, tal vez en corrillos de amigos de barrio.

Era todo desemejante en aquello que empezábamos a leer, en razón al idioma, el contenido y la calidad gráfica. Páginas dispares como el día y la noche —según lo dije antes—, pero que nos van llevando de la mano a algo consubstancial. Además, qué distintas las aproximaciones, oscilando desde un interés tibio al entusiasmo intenso. Esto último nos hará conocer muy tempranamente un apetito singular; no es otro que leer con voracidad, lo cual por suerte en adelante no se amenguará ni una pizca. Es posible asimismo reparar en algo más, como es la presencia del recurso estilístico de la antítesis, encarnándose en los alrededores en el momento en que pasamos la vista por publicaciones que en esencia son entre sí harina de distinto costal. Es el gran contraste que hay en aquello en que nacemos como lectores.

Finalmente, ¿qué prefería este lector niño que, sin más ni más, se muestra remiso a los libros que le escogieron exprofeso? No entrará pues por la puerta grande, por lo alto, como un chico destinado a un brillante porvenir intelectual, según aspiraban maquinalmente sus sensitivos padres —pintor de los domingos, él; lectora de poesía, ella—; porque todo se reduce a un acercamiento casual, nada coherente, más bien caprichoso, que a la postre en los años venideros —es decir, hoy— lo deja con una sensación de estar más cerca del balbuciente indocto que del elocuente erudito. Pero, en fin, ¿qué leerá este lector prematuramente desganado? Vayamos al grano, y digámoslo: unas fortuitas tiras cómicas, unos imprescindibles libros para estudiar. Sin embargo, hay que reconocer hidalgamente que no es cosa inusitada sino que se parece a lo que experimentaron algunos —o acaso bastantes— de sus coetáneos que residían entre el Río de la Plata y el Mar del Sur.

Ahora sí paladearemos los frutos del abecedario que apenas un lustro antes habíamos deletreado. Es a través de las re-

vistas infantiles que llegan puntualmente cada semana desde Buenos Aires y Santiago de Chile, para una multitud de lectores entre los que yo me encuentro. De ellas estamos pendientes con los sentidos fijos, siguiendo la continuación de cada historieta y las peripecias de los personajes, que se convierten naturalmente en nuestros nuevos compinches. Es el hábito de leer que vamos empezando a descubrir gracias a las modestas tiras cómicas. Pero además son propicias para que se nos revelen los sentimientos de la ansiedad, el júbilo y la ilusión, que uno volverá a experimentar en la adolescencia ya próxima cuando terminemos enamorándonos perdidamente. Por adelantado nos mostraban cómo es ese deseo incandescente de que la muchacha amada aparezca cuanto antes en las inmediaciones. Era así como aguardábamos semanalmente las historietas ilustradas para leerlas de un solo tirón.

No es *La vuelta al mundo en 80 días*, no, lamentablemente; en cambio, sí, según recuerdo yo y otros, unas revistas bautizadas, con nombres de pequeños perros falderos o de chistosos payasos. Exactamente, "El Tony", "Gorrión", "Purrete" y "Peneca". Probablemente en la actualidad no estén en los estantes de ninguna biblioteca, como los sesudos libros, porque circularon sin bombos ni platillos; aunque tuvieron el suficiente poder de estimularnos a palpar con los ojos la letra impresa. Vuelvo a recordar cómo las esperábamos, que era con el hambre de quien no ha comido durante siete largos días. Es éste el presagio de la voracidad con que repasaré, años más adelante en nuestra Biblioteca Nacional, los clásicos de la colección Rivadeneyra, en la que el joven Ricardo Palma se quemaba las cejas.

Pero, en honor a la verdad, los libros de texto no me los engullo atropelladamente, tal como hago con las revistas infantiles; debo confesar que constituye una aproximación con displicencia, si bien naturalmente los libros aguardan impertérritos al indócil chico. En efecto, están en las aulas del Colegio Italiano esperándonos, impecablemente impresos en la lejana península mussoliniana, en un agradable papel que

no he olvidado. Unos son de historia, otros de gramática elemental, y éstos con selectos trozos de poesía y prosa, que a lo mejor son los escritos literarios que leo por primera vez en mi vida. Pienso —y me aferro a tal posibilidad— que allí había algo de Silvio Pellico, y otro tanto de Giosué Carducci, Giovanni Pascoli y Gabriele D'Annunzio; aunque si recuerdo que seguramente en el aula leíamos en alta voz capítulos de *Corazón*, de Edmundo D'Amicis. Allí, pues, arranca un camino que desembocará más adelante —por fin me doy cuenta— en mis preferencias estilísticas de mañana. Percibo contento, en estos instantes, que ha habido una cierta armonía, aunque tácita, entre las lecturas preliminares del colegio y el posterior empeño de escribir en el endecasílabo italiano e imitar osada y obsesivamente —sin lograrlo por cierto— la forma de las canciones de Petrarca.

Entre la infancia y la adolescencia cualquier cambio en lo que uno gusta leer refleja a las claras que la edad del incipiente muchacho va también mudando. En mi caso personal, recuerdo bien que ingreso en una nueva etapa de la vida cuando en vez de las tiras cómicas, que hasta entonces me cautivaban, empiezo a fijar la atención en las revistas que mi madre aguardaba con suma impaciencia, igual como me ocurría con las historietas ilustradas. Se llaman “Para ti”, “Leoplán” y “Maribel”; vienen todas de Buenos Aires, y nunca han dejado de agolparse en la memoria. Furtivamente, estoy deslizándome hacia ellas y, al hacerlo, el niño lector —en realidad, yo hasta hace unos momentos— comienza a entrever el incógnito mundo que, como una boca de lobo, lo acechará en el porvenir inmediato. Pues, allí, en las revistas hogareñas creo haber hojeado unos pasajes de *Cumbres barrascosas*, de Emily Bronte; allí, aunque sin ninguna duda, el estremecedor *El Horla*, de Guy de Maupassant. Además, por esos días, oía a mi madre hablar con fervor sobre *Los miserables*, impulsándome a acercarme a la novela de Víctor Hugo evidentemente cuando ya estaba entrando en la adolescencia. Los lectores también suelen cambiar de piel. Por eso, atrás van quedando irremediablemente “Tony”, “Purrete”, “Gorrión”

y “Peneca”, para nunca más volver, si bien yo y algunos de mis coetáneos no las hemos podido olvidar.

El acto de leer ejercerá un papel capital a estas alturas de la vida. En los tiempos de la adolescencia mientras que se va adentrando en las páginas de libros y revistas conoce directamente lo que es el terror y el gozo. Primero había ocurrido —como ya hemos visto— a través del relato de *El Horla*, con el que se topa probablemente de modo casual y lo lee pese a su edad temprana, quedando luego como un caballo espantadizo ante la insondable locura y la invisible muerte. Pero los hados fueron benignos con él, ya que no pasará mucho tiempo que por la misma vía de la lectura va a conocer el otro lado de la vida, como es poder divisar los cielos rojos de la aurora en el mismo pórtico de la adolescencia.

Eros queda descubierto una tarde, y así el Tánatos de *El Horla* se retira por fortuna de los alrededores, hasta ser sepultado en el olvido. Al muchachito limeño se le revela pues Eros, justamente en un libro sobre la historia de Lima barroca, donde lee una de las Tradiciones de Ricardo Palma, que ostenta algunas pinceladas ligeramente voluptuosas, pero que fueron suficientes para ponerlo en dirección del jardín de las delicias, donde se alza el Vesubio, en cuyas estribaciones reposan día a día Adán y Eva hasta quedar en tizones aunque abrazados como vid y olmo. La lectura no sólo es carburante de la escritura, sino también para vislumbrar asombrado el reino carnal del amor. Aquel lector, ayer en cierne, hoy le da eternas gracias al destino por haber descubierto a Eros al disfrutar las páginas de un clásico americano.

Principio entonces a edificar, piedra a piedra, una torre de marfil, en que me alojaré perennemente durante el tránsito terrenal, sea cuando me encuentre en casa o me desplazo a un punto geográfico distante, porque además de ascensional es portátil, y la puedo llevar conmigo en barcos, aviones o trenes. La idea de la torre de marfil la descubro cuando considero que mi dormitorio resulta el lugar más adecuado

para leer, y, en consecuencia, con los contados volúmenes que poseo voy formando una pequeña biblioteca. Unos álbumes de versos, que pertenecen a mi madre, los coloco allí como la piedra angular, con la misma exaltación del viejo bibliófilo que pone en su biblioteca unas ediciones príncipes. Los leo y releo, los repaso cada vez con más entusiasmo, como nunca antes me había ocurrido con ningún libro.

Los versos contenidos en los antiguos álbumes, ya calografiados con primor, ya como recortes adheridos allí, contribuyen no sólo a que la biblioteca surja; sino sobre todo a que el lector note que su alcoba es un lugar propicio para devorarse los libros, lo cual es un hecho curioso porque pocos años antes se mostraba renuente a la lectura. Más aún, gusta repasar los versos en su propia lengua, y hasta se da el lujo —como usualmente se dice— de leerlos en alta voz, salmodiarlos, en medio del silencio del cuarto, y escuchar de esta manera tempranamente el sonido de la palabra castellana. Los álbumes contienen escritores del parnaso del siglo pasado, y entre los cuales empieza a determinar sus preferencias, como son Díaz Mirón, Núñez de Arce y Leopardi. Imperceptiblemente comienza a disfrutar del gusto de leer; además, la inclinación por ciertos intereses literarios específicos, que se le convierten en ideas fijas, como es el imperio absoluto del verso, y dentro de ello la afición por el endecasílabo, así como por unos cuantos poetas y por unas determinadas escuelas. Es el comensal que únicamente paladea ciertos potajes, y no todos y *Azul* de Rubén Darío, aparece de repente en el umbral de la casa, y automáticamente nos produce un estremecimiento. Sin demora, dos lectores que allí viven se disputan encarnizadamente el libro; son padre e hijo, y leen los cuentos y versos rubendarianos según el exclusivo dictado de su real gana. Por su parte, el adolescente ha empezado a tañer la lira, si bien descompasadamente; en tanto que el varón maduro acostumbra pintar preferentemente paisajes inspirados en la campiña holandesa, sobre todo al pastel. *Azul* se encuentra entre uno y otro, propiciando que ambos se estrechen la mano no como padre e hijo, sino como colegas, como buenos amigos. Es el

santo y seña para que se aproximen e intercambien una mirada de reconocimiento mutuo. En la casa se ha formado un cenáculo —ellos nadie más—, aunque algo equiparable quizás a la Confraternidad Prerrafaelista.

Es el compartido acto de leer, porque ambos se identifican plenamente con la obra recién descubierta. Pero ¿cuál es el imán de estas páginas? Lo que deja boquiabiertos al paisajista y al versificador son principalmente las escenas de la vida artística de París de los finales del siglo anterior; son los episodios que protagonizan los pintores y poetas retratados por Darío; el lector maduro se regodea nostálgicamente en aquello que soñaba y que no pudo coronar; el lector adolescente mira todo como lo único que aspira para él en sus próximos años. *Azul* devorado por los dos al alimón; *Azul* uniendo al padre y al hijo para siempre.

Pero el más joven había tenido un *parti pris* oculto —lo dejamos ya entrever—, que no se limita solamente a la lectura. El escrito ajeno que repasamos palabra por palabra, puede ser a veces, el aguijón de un escrito propio. Es el arte combinatorio; son las refundiciones; es una especie de alquimia verbal. El acto de leer procreando la imitación, con la paciencia de la hormiga industriosa. Precisamente, en los álbumes maternos, Darío también está presente; allí descubro “Coloquio de los centauros”, “El reino interior” y el soneto en alejandrinos en homenaje a Margarita Gautier; por eso, poco después, a continuación de la entusiasta lectura de *Azul*, escribo un romance más o menos largo, en que me empeño en seguir el estilo modernista. Más adelante, la pluma parece que se torna algo dúctil, y sucesivamente remeda lo que voy leyendo; así, el humor negro de dadaístas y surrealistas; así, el hipérbaton y los antiguos cultismos siguiendo estrechamente a renacentistas y barrocos.

UN LIBRO OPORTUNO

Hay libros que nos llegan puntualmente en el momento

preciso, ni antes ni después. Desde luego, no una sino varias obras he leído oportunamente y que me han dejado una huella imborrable. Pero hay un volumen que recibo cuando estoy a ciegas o en ayunas de todo, aunque ya empezaba a querer escribir. Este libro es *Panorama actual de la poesía peruana*, publicado en 1938 y cuyo autor es el crítico Estuardo Núñez. Sin duda, para mí, el más socorrido por la absoluta puntualidad con que se me aparece en el horizonte, precisamente encontrándome en babia (que lo remarco pues así era mi realidad). A partir de entonces quizás por primera vez me entero de César Vallejo y de los poetas que habían venido después de él; además descubro la existencia del arduo y candente surrealismo. Fue una lectura decisiva que me ayuda a forjarme la conciencia literaria y en particular un afán inquisidor por las corrientes de vanguardia. Es ésta la impresión que tengo hoy, al cabo de tantísimos años. Sin embargo, no todo es color de rosa, según bien sabemos, ya que la grata reminiscencia ahora me suscita también un remordimiento inesquivable. El libro le fue entregado a mi padre por un documentado articulista conocido suyo; aunque cuando hubo la ocasión de que el lector adolescente pudiera agradecerle su gentileza, no fue así, y, en cambio, se comportó como un tipo enteramente cerril. No nos torturemos más recordando tan infeliz episodio, y sólo tengamos presente lo útil del estudio de Estuardo Núñez.

El recurso de la antítesis torna a sus andanzas, de nuevo encarnado delante de uno. Previamente estuvo en las dispares páginas de las historietas ilustradas y los libros para estudiar; y, ahora también como antes, porque *Azul* y los álbumes de versos (que recuerdo con tanta devoción) están acompañados de una revista que nada tiene que ver con la literatura. El lector suele jugar el fútbol y gusta repasar "El Gráfico", publicación deportiva —igualmente bonaerense— que él colecciona, pese a su temprano e invariable interés por Leopardi, Núñez de Arce y Darío. Pero tiene una razón de ser, que explica la inclinación que él profesará por el futurismo e incluso su lectura de un escrito del presurrealista Alfred Jarry,

en que la Pasión de Cristo resulta comparada a una carrera ciclista. Es una desentonación del asiduo lector de *Azul*; aunque este extraño contraste constituye el ressort para que escriba en los años venideros unos versos en que el fútbol se manifiesta como un tema metafísico. Pero la mencionada revista deportiva culminará siendo una verdadera línea divisoria, ya que un día resuelve obsequiar la colección que posee, y al desprenderse de ella siente que está inaugurando otra etapa de su existencia. Es uno de los hechos que recuerda con mayor claridad, con menos esfuerzo.

EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

Pronto descubre otro recinto para leer; no queda pues confinado a la torre de marfil. Es la Biblioteca Nacional, adonde llega un día volviéndole las espaldas al aula del colegio en que inexorablemente debía estar mañana y tarde. Pero la Biblioteca Nacional, por entonces, funcionaba transitoriamente en la Escuela de Bellas Artes, donde estaba en realidad como una inquilina precaria, porque había quedado en cenizas a causa de un misterioso incendio devastador. Allí, en esas circunstancias de veras difíciles por lo inapropiado del ambiente, me convierto en un lector público.

El adolescente perpetra una doble transgresión: no asiste a clases, como debía hacerlo, y cuando acude a la Biblioteca Nacional no es para repasar a los autores clásicos, como lógicamente también debía hacerlo, sino para sumergirse en las corrientes de vanguardia, que aparecieron en las primeras décadas del siglo. Me escabullo pues del colegio y enderezo los pasos en pos de un libro que se convierte en mi norte, porque es como un Sésamo que nos está abriendo los secretos de la modernidad. Se titula *Literaturas europeas de vanguardia*, editado en 1925, y el autor es el poeta ultraísta Guillermo de Torre. Pienso que la exégesis sobre la nueva poesía peruana de Estuardo Núñez terminó orientándome hacia la Biblioteca Nacional. Pero por el libro de De Torre y por unos ciertos

poemarios ultranovedosos me había convertido en un evasor doblemente, tanto de los estudios escolares como de la erudición clásica. Es evidente que el destino me era del todo incierto.

EN LA TORRE DE MARFIL

Pero, a Dios gracias, en esa torre de marfil —divisada a lo lejos entre los renglones anteriores— exactamente hoy se encuentra palpitando un morador de carne y hueso, que delante tiene un escritorio y una máquina de escribir, y está rodeado de paredes tachonadas de libros, como las altas estrellas que tachonan el firmamento. Además, hay allí un par de objetos invisibles, como es un atril y un globo terráqueo, que únicamente los puede él percibir, porque en uno sueña con colocar alternadamente los diccionarios de nuestro idioma, que le vienen acompañando desde siempre; y en el otro poder palpar con la punta de los dedos el Ganges, el Nilo y el Eufrates, en cuyas aguas navega todo el día sin cruzar los umbrales de su casa.

Ni los corrillos de barrio en que leíamos “El Tony” y “Peneca”, ni el aula impecable en que repasábamos en alta voz *Corazón*; ni tampoco ya la Biblioteca Nacional; hoy nada más que la torre de marfil, que es una atalaya, un puerto hospitalario, un belvedere —digámoslo mejor así—, porque tengo a mano casi todas las obras de D’Annunzio, que en los últimos años han llegado una tras otra aquí; asimismo, *Mis prisiones*, de Pellico, en una exquisita edición diamante (que de tal manera la calificamos por ser un volumen chiquito y de letra menuda); y una antología de Carducci, más o menos de apariencia rústica, que la encontré merced al azar en uno de los tenderetes que en la actualidad pueblan como un enjambre compacto la Lima barroca. Probablemente los trozos escogidos de mi remoto libro de texto están acompañándome en el restante tiempo terrenal. Los cabos de la vida se unen por último.